

ESTUDIOS SOCIALES

Año XXVI, Número 91

Enero-Marzo 1993

NOTAS PARA UNA TEORIA ORTEGIANA DE LA COMUNICACION

José Luis Sáez, sj.*

Siempre me atrajo la explicación de que acarreamos esa inseparable "circunstancia" que nos ha moldeado y es nuestro verdadero carnet de identidad. Pero me atrae no precisamente porque sustituye al clásico concepto de **naturaleza**, tan manoseado por los tomistas, sino porque me ayudó siempre a darle sentido al hecho de la comunicación humana. Y tanto me gustaba, que prefería interpolarlo incluso al explicar el concepto de **medio** en los escritos de Marshall McLuhan, aunque a ambos les hiciera injusticia.

Por eso, un buen día decidí que era hora de rebuscar en los textos del mismo Ortega y diseñar las líneas principales de lo que hubiera sido su **teoría de la comunicación humana**.

Un repaso de Sociología

El hombre nace en el seno de un entorno social determinado y prescrito (hogar, familia, clase social, región, nación) y, después de un largo proceso de socialización se integra a la sociedad en que le ha tocado vivir. A través de los agentes de socialización (familia, escuela, religión, grupos homólogos, medios de comunicación social), y sobre

* Academia de Ciencias de la República Dominicana.

todo, a través de la cultura, la sociedad le transmite sus valores, al tiempo que le enseña cuál es el rol o papel que deberá desempeñar, de acuerdo a su status social.

El aprendizaje del lenguaje de viva voz, en el ambiente familiar, cumple un doble cometido: acostumbra al ser humano a comunicarse para vivir en sociedad, y le transmite indirectamente los valores compartidos por su cultura y, por supuesto, el substrato ideológico que les sirve de soporte.

Conocimiento y circunstancia

A través de los canales del conocimiento sensible, es decir, los sentidos, el ser humano entra en contacto con el **mundo** que le rodea y al que está orientado. "Cada uno de nosotros –dice Ortega y Gasset en un texto de 1930 poco conocido– vive rodeado de cosas, de objetos inmediatos, que se presentan y hacen patentes por sí mismos: son los minerales, los otros seres vivos y las otras personas, pero también lo son los objetos íntimos que hallamos no menos inmediatamente que aquéllos: nuestros dolores y sentimientos, nuestros apetitos, voliciones e ideas. Al conjunto de todas estas cosas, que son entidades inmediatas, presentes por sí, llamamos mundo".¹

En resumen, "el existir del hombre es necesariamente existir entre otras cosas", y sólo así se encuentra también a sí mismo, aunque éste sea un descubrimiento reflejo y tardío.

Aunque los comentaristas han pretendido acuñar el pensamiento de Ortega y Gasset con esa identidad del "Yo" y la "circunstancia", al tiempo que se pone en duda la existencia de una **naturaleza** (modo thomista) y se erige la Historia en factor determinante y constitutivo del ser humano, es preciso leer con un poco más de detenimiento lo que parece quiso decir el pensador español, si pretendemos delinear una teoría de la comunicación humana.

En la introducción a sus **Meditaciones del Quijote** (1914), enuncia Ortega por vez primera lo que sería uno de los temas de su filosofía de la razón vital. "El hombre rinde el máximum de su capacidad cuando adquiere la plena conciencia de sus circunstancias. Por ellas comunica

NOTAS PARA UNA TEORÍA ORTEGIANA DE LA COMUNICACION con el universo". Y, como explica enseguida, esa circunstancia, es precisamente la suma de "las cosas que están en nuestro próximo derredor".²

De tal manera llega a compenetrarse el hombre con su **medio**, que este sector de la realidad circunstante forma la otra mitad de su persona: sólo a través de ese segmento puede integrarse y ser plenamente lo que está llamado a ser. Por eso, nuestro destino u orientación concreta como seres humanos es "la reabsorción de la circunstancia". Mediante esa reabsorción, el hombre llega a ser lo que es: una suma de cosas que conforman su ser a través de la Historia. Sólo así tiene sentido aquello de "yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo"³.

El contacto que se establece entre el ser humano y su mundo, transforma al primero, una vez que asimila conocimientos y experiencias. La **experiencia**, si aceptamos la definición de William Luyjpen y los fenomenólogos, es el resultado del encuentro del ser humano y cualquier segmento de su entorno, mediante el cual, cada uno de los términos del proceso aporta algo y modifica su "naturaleza". Esa reciprocidad que se da entre el hombre y el entorno es la base de nuestra vida social y donde realmente se verifica el proceso de socialización de que habla la Sociología, que se extiende en el tiempo y se reinicia en ciertas "crisis" de la historia personal y social.

Comunión y diálogo humano

De la intencionalidad del ser humano –esa tendencia a orientarse hacia el entorno, y no inscribirse en él–, se desprende la necesidad de comunicarse, es decir, de entablar contacto también con los seres capaces de respuesta: los **otros**. Este contacto humano constituye el por qué del lenguaje o de cualquier forma de comunicación simbólica y, por tanto, **mediatizada**.

La experiencia –la vida total del "ego"– es incomunicable y, sobre todo, intransferible. La comunicación toma como base la experiencia, pero a través de un medio logra entablar contacto con el otro ser humano. A través de nuestro cuerpo –el medio primigenio de comunicación humana–, expresamos nuestros sentimientos de una u otra

naturaleza para que el observador o receptor **lea** o adivine en nuestros gestos, ademanes, postura e incluso "coloración", nuestro sentir interno e intransferible.

Hay filósofos sociales y antropólogos que ven el ser humano como esencialmente social, es decir, hecho para vivir en grupos. Otros, en cambio, aseguran que el hombre no es social por naturaleza, sino que se adapta, se acostumbra a vivir en sociedad. En ambos casos, y precisamente de esa **condición social** (sociabilidad) de los seres capaces de respuesta, se deriva la existencia y necesidad de la comunicación, pero en uno y otro caso, el origen del lenguaje, como una forma de relación social, es obviamente distinto.

Uno de los textos ortegianos más valiosos a este respecto es el ensayo titulado "El decir de la gente: la lengua", que forma parte de la colección de trabajos sociológicos **El Hombre y la Gente**.⁴ Aunque Ortega y Gasset centra su análisis de la comunicación interpersonal en el uso del lenguaje hablado, nos facilita suficientes elementos para ahondar en el origen y valor social del lenguaje –cualquier **lenguaje**– y su relación con el entorno físico y humano al que se refiere y pretende definir.

En nuestros encuentros humanos, incluso en "la interacción individualísima que es amarse", nos vemos precisados a recurrir al **habla**, algo que no creamos nosotros, sino que estaba ya ahí, antes que nosotros y fuera de nosotros, en el "entorno social", y que nos ha sido "inyectada al oír lo que las gentes dicen".⁵ Es decir, **hablar** no es otra cosa que "usar de una lengua en cuanto que está hecha y nos es impuesta por el contorno social".⁶

A pesar del empeño que pone la sociedad en adiestrarnos en el uso del lenguaje hablado, este medio no está exento de problemas, que incluso dificultan la comunicación. Las palabras, dirá Ortega y Gasset, son de "peregrina condición", porque sólo son un componente de la realidad, y hay que reconocer que existe una distancia, a veces insalvable, entre ellas y la realidad que definen.

No cabe duda, a medida que ganamos destreza en el uso del lenguaje hablado, nos vemos obligados a recurrir al diccionario. En sus

páginas creemos encontrar la solución precisa que perfeccionará nuestra comunicación y convertirá al medio de inequívoco en unívoco. Sin embargo, las palabras, y sobre todo el **sonido de las palabras**, no es, ni está llamado a ser, unívoco ni monosémico. Como explica el mismo Ortega, las palabras tienen también "significación ocasional": tienen sentido diferente "según quien las dice y el sitio en que se encuentra quien las dice". Por eso, explica el autor:

"La significación que el diccionario atribuye a cada vocablo es sólo el esqueleto de sus efectivas significaciones, siempre más o menos distintas y nuevas, que en el fluir nunca quieto, siempre variante del hablar ponen a ese esqueleto la carne de un concreto sentido. En vez de esqueleto, tal vez mejor podemos decir que son la matriz maleable en la cual las palabras, cuando realmente lo son, por tanto, cuando son dichas a alguien, en virtud de unos motivos y en vista de determinada finalidad, reciben un primer moldeo".⁷

La "significación ocasional" de que habla Ortega, coincide, sin ver en esto una interpolación, con la teoría del medio como **mensaje** diseñada por Marshall McLuhan, el teórico canadiense (1911-1980). La **ocasión** de Ortega modifica, conforma el significado de los vocablos de tal modo que el mensaje es distinto si se modifica el tono de voz y el "escenario" o simplemente se acompaña el vocablo en cuestión de gesto que atenúa o agrava el significado "universal" cultural transmitido a través del aprendizaje de la lengua.

Lengua Social e incomunicación

Si el significado que nos "oficializa" el diccionario no es más que el "esqueleto" del vocablo y de sus efectivas connotaciones, nos invade siempre el temor de no lograr comunicarnos con los demás seres humanos, a pesar de hablar el mismo idioma y pertenecer a la misma sociedad.

La comunicación se inicia cuando dos seres humanos entran en contacto en el espacio o en el tiempo para compartir sus experiencias (mensaje) valiéndose de un medio. En ese proceso de entrar en contacto con el **otro**, hay una motivación (un por qué) y una finalidad (para qué).

"El hombre, cuando se pone a hablar –dice el mismo Ortega y Gasset–, lo hace porque cree que va a poder decir lo que piensa. Pues bien, esto es ilusorio. El lenguaje no da para tanto. Dice poco más o menos una parte de lo que pensamos y pone una valla infranqueable a la transfusión del resto. Sirve bastante bien para enunciaciones y pruebas matemáticas. Ya al hablar de física empieza a ser equívoco e insuficiente. Pero conforme la conversación se ocupa de temas más importantes que esos, más humanos, más **reales**, va aumentando su imprecisión, su torpeza y su confusionismo".⁸

El lenguaje hablado no sólo supone ciertos obstáculos e incluso "ruidos" en la comunicación humana, sino que puede constituirse en verdadera barrera de **incomunicación**. La herencia del habla, "lo que la gente dice", nos permite entablar el diálogo social inicial, pero no garantiza al emisor la transmisión de lo que considera más suyo, más íntimo. Por eso, el emisor se ve forzado a inventar una nueva forma de comunicación o, al menos, un **sistema de signos**. Si ese sistema logra difundirse entre los seres humanos, podría llegar a "consolidarse como uso verbal". En realidad dirá Ortega en el mismo texto:

"Todas las palabras y giros fueron inicialmente inventos individuales que luego se degradaron en usos mecanizados, y entonces, sólo entonces, entraron a formar parte de la lengua. Pero la mayor parte de esas invenciones no produce consecuencias ni deja rastros porque, a fuerza de creación individual no son entendidas por los demás. Esta lucha entre el decir personal y el decir de la gente es la forma normal de existir del lenguaje. El individuo, prisionero de su sociedad, aspira con alguna frecuencia a evadirse de ella intentando vivir con formas de vida propias suyas. Esto se produce a veces con buen éxito, y la sociedad modifica tales o cuales de sus usos adoptando aquellas formas nuevas, pero lo más frecuente es el fracaso del intento individual. Así tenemos en el lenguaje un **paradigma de lo que es el hecho social**".⁹

Al llegar a este punto, cualquiera podría decir que Ortega ha perdido la fe en el lenguaje hablado como medio de comunicación humana, y que es preciso recurrir a otros signos para entablar un verdadero diálogo. Sin embargo, por su naturaleza cultural, los signos que usamos en nuestra vida de relación adolecen del mismo problema.

NOTAS PARA UNA TEORÍA ORTEGIANA DE LA COMUNICACIÓN

En el interesante ensayo "Meditación del saludo" Ortega reconoce que también el gesto de estrecharse la mano derecha, tan propio de eso que llamamos culturas occidentales, le faltan dos de los elementos de toda acción estrictamente humana: "originarse intelectualmente en el sujeto que lo hace y engendrarse en su voluntad. Por tanto, mucho más que a un comportamiento humano se parece a un movimiento mecánico, inhumano".¹⁰

El saludo, lo mismo podríamos decir de otros signos culturales, no es verdadera expresión personal, porque no proviene de nuestro querer ni es de nuestra autoridad: me ha sido transmitido a través del aprendizaje de la **moral** social y, por tanto, es una forma de "coacción sobre mi comportamiento".

Cuando Ortega muere en 1955, apenas se había iniciado la televisión comercial en cuatro países europeos, y sólo cuatro de la América Latina disponían de ese medio de comunicación masiva. Por supuesto, si alguien hubiera hablado entonces de la era de los satélites, hubiéramos creído que se había escapado de las páginas de Julio Verne. Sin embargo, la radio había entrado ya en su "edad de oro", y el mismo filósofo madrileño había invertido casi veinte años en la sala de redacción de **El Imparcial**, el periódico que había fundado su abuelo, Eduardo Gasset y Artime en 1867. A pesar de haber nacido casi "sobre una rotativa" como él mismo diría, Ortega y Gasset apenas habla en sus escritos de la prensa u otros medios de comunicación masiva. Aparte de los textos citados hasta aquí, sólo en dos pasajes de los diez tomos de sus **Obras Completas**, se refiere al tema: el primero es la obra **Meditación de Europa**, que resume el texto de una conferencia de 1949, y el segundo es un artículo publicado en Alemania en 1954, un año antes de su muerte, con el título de "El hombre y la medida de la tierra".

En el primer texto, hablando del desajuste prosódico por los nuevos inventos de la economía, dice:

"Esto mismo nos ha acontecido con las comunicaciones. De pronto y de verdad, en estos últimos años recibe cada pueblo, a la hora y al minuto, tal cantidad de noticias y tan recientes sobre lo que pasa en los otros, que ha provocado en él la ilusión de que, en efecto, está en los

otros pueblos o en su absoluto inmediatez. Dicho en otra forma: Para los efectos de la vida pública universal, el tamaño del mundo súbitamente se ha contraído, se ha reducido. Los pueblos se han encontrado de improviso **dinámicamente** más próximos".¹¹

En el segundo texto, y después de explicar de nuevo esa "contracción" que ha sufrido el mundo, dice:

"No tiene duda que la facilidad extrema a que se está llegando en los medios de comunicación es un hecho glorioso que debemos agradecer a la técnica. Pero uno se pregunta qué efectos produciría en el tiempo inmediato esta casi súbita aproximación de los pueblos. No conviene hacer ilusiones. La historia es un tejido de muchos hilos diferentes y consiste en una serie de sorprendentes interferencias. Por lo pronto, es preciso subrayar que coincidiendo en el progreso en los transportes se ha producido el fenómeno que menos podría esperarse: la hermetización de muchos pueblos".¹²

A cualquiera que lea estos textos se le antojarán ciertas reminiscencias anticipadas de lo que McLuhan denominaría luego "la aldea global" en eso de la "contracción" del mundo y el acercamiento, un tanto imaginario, de los hombres a través de la inmediatez de la comunicación, aun sin la ayuda que supuso la electrónica. En el segundo texto sólo se puede advertir cierta voz de alerta sobre los efectos imprevisibles del "acercamiento humano": el retraimiento y la cerrazón de los pueblos, arrojándose, cada vez más, en el nacionalismo.

De una u otra forma, Ortega pudiera haber sido una voz valiosa a la hora de analizar, teorizar y, mucho más, alertar acerca del impacto de los medios masivos de comunicación. Si el lenguaje hablado le resultaba a veces una barrera en la comunicación humana, ¿no habría alertado también del peligro y la ilusión de la saturación de noticias como un obstáculo de la información? ¿Habría entendido el fenómeno de la "invasión desde el espacio" como una forma de dominación, y no precisamente como un facilitador de la comunicación instantánea?. Ahí está lo poco que nos dejó dicho. No podemos aventurar lo que hubiera dicho si no hubiera dejado descansar su máquina de escribir el 18 de octubre de 1955 en el mismo Madrid que le vio nacer un mayo de 1883.

NOTAS

1. J. Ortega y Gasset, "Un texto, inédito: ¿Qué es el Conocimiento?", *El País, Libros* (Madrid, 8 Mayo 1983), pág. 8, col. 2.
2. J. Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote* (Madrid: Aguilar, 1968), pág. 25.
3. *Ibid.*, pág. 30.
4. J. Ortega y Gasset, *El Hombre y la Gente*, 3ra. ed., tomo II (Madrid: Revista de Occidente, 1962), pp. 105-147.
5. *Ibid.*, pág. 108.
6. *Ibid.*, pág. 131.
7. *Ibid.*, pág. 127.
8. *Ibid.*, pág. 133. El problema de la lengua para expresar la totalidad de la experiencia, aparece también esbozado en el "Prólogo para alemanes" de la *Rebelión de las Masas* (Madrid: Alianza, 1980), y en "Miseria y esplendor de la traducción", *Obras Completas*, tomo V (Madrid: Revista de Occidente, 1964).
9. *Ibid.*, pp. 141-142.
10. *Ibid.*, pp. 63-64.
11. J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*, tomo IX (Madrid: Revista de Occidente, 1962), pág. 309.
12. *Ibid.*, pág. 341.